

En el camino del pensamiento¹

Por Jorge Dávila*

à J.M.B.G., *penseur du bois des mots*

Cuando el horizonte sólo era la eterna sorpresa conocida, cuando en el horizonte no habían aparecido embarcaciones gigantescas oriundas de no se sabe dónde, los americanos *no eran americanos*. Tierra, mar y cielo cerraban un círculo de esplendor donde tomaban aliento la vida y la muerte. En ese círculo los que aún no podían ser americanos, simplemente *eran*.

Eran; construían ser. Eran los que habitaban, los que moraban, los que erraban por territorios que, a su vez, eran su camino errante, su morada, su habitación. Seres que moran, habitan, erran construyendo ser. Eran... nada especialmente; eran lo que todos fuimos alguna vez: unidad primigenia disuelta en un todo; eran parte del Uno-Todo que los abarca entre cielo-tierra-mar y morada - camino errante - habitación.

Eran los que podían nombrar su propio Uno-Todo. Nombraban su ser. Eran sus creadores; creadores de su propia creación. Por ello, eran los instauradores de su campo de sabiduría, de su cosmogonía. Y eso es afirmar demasiado: en todo caso, no sabemos si esa sabiduría era sólo pretendiente de transcendencias o si acaso alguna vez pudo dibujar esbozos de la inmanencia que reclama el pensamiento cuando llega a ser tal, cuando se piensa a sí mismo.

Sin duda, eran sus creadores; creadores de su propia creación. Mas, ¿apuntaba esa creación a la instauración de un pensamiento? ¿dejó esa creación en nuestro cielo-tierra-mar, en nuestro te-

¹ Discurso pronunciado en la instalación del Congreso Internacional *El pensamiento europeo-latinoamericano: reflejos y problematizaciones*, organizado por la División de Filosofía de la UNESCO. Mérida, Mayo de 1998.

* Investigador del Centro de Investigaciones en Sistemología Interpretativa - Universidad de Los Andes - Mérida - Venezuela.

territorio, surcos abiertos que aún nos reclaman como senderos del pensamiento? Estas preguntas ya no las podemos responder sino como americanos.

Colón descubrió "la América", no a los americanos. Así dice Tzvetan Todorov en su obra sobre la conquista de América ¹. Eso quiere decir que descubrió el continente, el territorio; no a los habitantes, a los moradores, a los errantes. ¿Por qué? Porque tenía en mente una clara analogía para la extensión continental, para los territorios; pero, no así, para la extensión de humanidad, para los americanos. En el primer caso, el descubridor veía, con diáfana claridad, un cierto cielo-tierra-mar. En el segundo caso, el descubridor veía, con mirada desconcertada, criaturas que estremecen la analogía y las semejanzas.

En el primer caso, descubriendo territorios, las semejanzas no fallaban: entre mares y tierras el Mundo es uno, redondo y da vueltas; muy a pesar de la imagen paradisiaca que inspiraba el paisaje caribeño, el nuevo territorio es parte de la mismidad que se repite obstinadamente en el continuo del Mundo. El cielo sólo había guiado el viaje del descubrimiento, no se había topado el descubridor con el reino de los cielos; es decir, el descubrimiento del territorio es implacable fortaleza de la imagen del Mundo creado y repetido incesantemente en cada mar y tierra por donde nos enrumba la mirada dirigida a los cielos.

En el segundo caso, descubriendo humanidad, el descubridor no tenía semejanza posible con la cual poner en parangón a los nativos. Como si dijéramos que en su 'mundo humano', inseparable del Mundo —uno, redondo, tornante—, no hay cabida para lo que se mostró, por vez primera para la cultura occidental, como radical otredad. Quizá podamos decir que a Colón se le desvanece, se le esfuma, se le vuelve puro mar el nuevo territorio; pues en su Mundo no tienen cabida estas nuevas criaturas... creadas quién sabe por qué fuerza que hace tambalear, en la fe de Colón, al mismísimo Dios. Para el mismo descubridor sólo sigue habiendo mar: sigue errante en el mar viendo la continuidad de tierras y cielos.

El descubrimiento no fue quizás más que el fugaz instante del encuentro; el instante en que se sacan a flote territorios e islas.

¹ TODOROV, Tzvetan, *La conquête de l'Amérique. La question de l'autre*, Seuil, Paris, 1982.

El descubridor saca a flote un territorio para el *Otro* del otro territorio; para él, es el mar desvanecido, es el mar que cierra para siempre la redondez, la continuidad del levante y del poniente, la continuidad de toda aurora y de todo ocaso.

El descubridor saca a flote una isla inédita para la cosmogonía occidental ya hecha pensamiento veinte siglos atrás. Para esta cosmogonía, el descubridor ha sacado a flote la isla de su propia otredad llevada al límite de la extrañeza suprema. Isla inédita que se convierte en exigencia de pensar la diferencia; pensar la diferencia junto a la mismidad.

Y así habríamos entrado a Occidente cuando éste vino con ese rumbo preciso: navegando hacia el poniente, hacia el ocaso, pretendiendo mostrar los límites del Mundo. No límites de un fin o un final preciso; más bien lo ilimitado de la redondez, de lo Uno, de las vueltas y vueltas de la mismidad en su sempiterna extensión mundana que dominaba el mismo Dios y gobernaba la misma Sangre real. Y así entramos a Occidente: en su propia búsqueda del camino del ocaso irrumpimos como Otredad, como extrañeza, como diferencia, como *Otro Mundo...* Desde esa diferencia ya nos tuvieron que pensar, ya nos tuvimos que pensar.

*

Desde entonces Occidente nos piensa. Irremediablemente nos tuvimos que pensar (nosotros) por el través de la mirada de Europa fija en el horizonte del ocaso. Nuestra mirada fue primero muy turbia, casi un correlato de la extrañeza de quienes inicialmente nos miraban como otredad. Nuestra mirada se hizo turbia sometida a dos tensiones extremas: dos tensiones reunidas en el mirar la mirada del conquistador-colonizador quien miraba hacia el poniente; mirar de frente cuando nos obligan a mirar atrás sin dar vuelta al rostro. Turbia tenía que ser la mirada de quien fuerza a ver, simultáneamente, el levante y el poniente. Mas no ocurrió un creciente desvarío de la mirada: la otredad forzada siempre encuentra un camino; la fuerza de la dominación, cuando no puede aniquilar, se convierte en acicate de resistencia siempre creadora. Nuestra primera creación como americanos fue de aprendizaje.

*

Hubimos de aprender: aprender a mirar la mirada del Otro; del Otro que no éramos. Pronto el americano aprendió a fijar un foco: no mirábamos al ocaso; aprendimos a mirar hacia la fuente que nos hizo extraños, aprendimos a mirar hacia el levante como quien quiere descubrir si desde allá toma fuerza el viaje al ocaso, aprendimos a mirar como quien quiere mirar la aurora.

Sí. Aprendimos, pero con suma rudeza, a contemplar el amanecer. A golpes nos lo enseñaron. Se ensañaron en enseñarnos. Se enseñorearon enseñándonos con ensañamiento. Pero, aprendimos, aprendimos, aprendimos a inventar.

Los primeros inventos eran sólo *des-cubrimiento*. Aprendimos a dejar de lado nuestro cubrimiento. Lo fuimos dejando como despojos.

Nos despojamos de una mirada que se fue borrando: la mirada de los antepasados.

Nos despojamos del cielo-tierra-mar para sustituirlo por Mundo. Aprendimos a ser mundanos. La dominación brutal quedaba desconcertada con este aprendizaje, pues siendo mundanos todos, aprendimos a ser mezcla de ser; aprendimos quizás a no ser.

Nos despojamos de la morada - camino errante - habitación sustituyéndola por estos territorios como tierras de gracia y de desgracia. Quedábamos casi plenamente al descubierto. Perdíamos un ser para ganar promesas de ser: resquicio de claridad que dejaba la dominación ya transmutada al amparo de nuevas transcendencias luminosas, ilustradas.

Des-cubrirnos de ese modo fue ciertamente un invento; el invento que nos permitía evitar el horrible destino de una mirada siempre extraviada: un ojo en el poniente, el otro en el levante. Entre gracia y desgracia el territorio se hizo fértil para otros inventos, ahora con nuestra mirada fija en el levante.

Inventamos la copia. Rito iniciático de nuestro pensamiento. Quisimos aprender a pensarnos con pensamiento ajeno. Nuestra mirada lanzada hacia las fuentes de la mirada de Occidente tropezaba con espejos. De allí se nos tornaba la mirada en reflejo de imitación. Inventamos que es posible comenzar de nuevo lo iniciado por otros. Inventamos que los reflejos eran nuestros inventos.

Copiar re-creando: ese era nuestro propio invento; un invento sostenido en el sueño de poder mirar las fuentes de Occidente.

Inventamos, entonces, ser naciones, ser Estados, ser sociedades modernas, ser hombres, ser nuestras propias ideas, ser nuestra propia cultura, ser nuestro propio pensamiento. Estábamos en nuestro pleno mediodía, mas habiendo despertado en una aurora que sólo fue reflejo.

En pleno mediodía hay pupilas soñadoras que saben conseguir el punto justo de cierre para evitar el encandilamiento. ¡No sabemos cuál misterio quiere siempre que el destino deje vibrar esas pupilas soñadoras bien entreabiertas! Esas pupilas dejaron entrever el error de nuestro invento. Desde entonces, en cada invento, con cada invento, no vimos más que yerros.

Aprendimos, entonces, a caminar detrás. En la marcha quisimos ser retaguardia unas veces; otras, quisimos ser vanguardia. Vanguardia trasera de otras vanguardias; retaguardias bien traseras avivadas por la esperanza que da el empujar a otros somnolientos a alistarse más atrás.

Aprendimos, en la marcha de Occidente, que el camino va al poniente. Y parece que ya no vemos sino un largo sendero que dejó atrás al iluminado mediodía. Un largo surco por el que, cabizbajos, nos enrumbamos con ellos, con Occidente, hacia su horizonte: hacia su Ocaso. Y le aprendimos a Occidente su temible destino. Y aprendimos, también, a repetir que somos puro error: no inventamos, siempre erramos.

Erramos en el pensamiento. No aprendimos a pensar. Poco aprendimos a pensarnos. Quisimos copiar el pensamiento de Occidente. Ciencia y, su partera, Filosofía se incrustaron en nuestras pupilas soñadoras. ¿Qué hicimos?

Supimos que ya era tarde para comenzar desde nuestro origen. No era posible levantar vuelo desde nuestro plano pre-filosófico. No era posible partir de nuestra filosofía como *dynamis*. Esa que, al decir de J. M. Briceño Guerrero, es "la comprensión con-dicha o con-dada en el hecho de ser hombre, en la con-dicción o con-dación humana", comprensión que sostiene y orienta a cada cultura². Ya

² BRICEÑO GUERRERO, José Manuel, *¿Qué es la filosofía?*, Ediciones de la Universidad de Los Andes, Mérida, 1962.

no era posible partir de ese plano pre-filosófico porque nuestra cultura ya no era sino una invención-copia-reflejo-yerro. Ya era tarde para comenzar desde nuestro origen.

Supimos que todavía era temprano para comenzar desde nuestro otro origen. Quisimos aprender a pensar al modo de la filosofía como *energeia*. Quisimos aprender a pensar como el “problematizador radical de lo obvio y de sí mismo”. Nos confundimos. Nos fundimos con la filosofía como *ergon* y poco supimos de la filosofía como *energeia*. Nos quedamos confundidos entre “los productos del filosofar”, entre “los sistemas de pensamiento, con su carácter de artefacto y su tendencia a sufrir degradaciones”; nos quedamos confundidos entre las doctrinas, entre las ideologías.

Confundidos en el pensamiento *ergonizado* hemos sido poco presurosos en el filosofar. El filosofar, nos dice Briceño Guerrero, se apoya en la filosofía como *ergon* (el producto de la tradición filosofante) y se manifiesta como diálogo. “Pero en ese diálogo el *ergon*, al ser repensado como en su origen, conduce a la primitiva *energeia* que lo produjo y que es la misma del filosofante, del nuevo interlocutor en el siempre renovado decir - contradecir - condecir actual y lúcido. Sólo que es muy difícil, por no decir imposible, ‘desergonizar’ la tradición completamente: su poder tiene formas sutilísimas de vivir inadvertidamente”³. Confundidos en el pensamiento *ergonizado* hemos aprendido menos a *des-ergonizar* que a des-organizar nuestro pensamiento.

El no poder sentirnos en capacidad de emprender vuelo desde una filosofía como *dynamis*, nos lanzaba, y nos lanza, a la poderosa atracción del diletantismo, del no hacer caso a ninguna tradición; pero, un diletantismo más como copia que como actitud auténtica. Terrible doble yerro, este del diletantismo copiado. El dejarnos arrastrar por los atractivos de lo ya pensado, por los atractivos de la tradición filosófica, de una manera confusa, nos lanzaba, y nos lanza, más a una erudición imbuida en mediocridad que a una erudición *des-ergonizada* con la genialidad propia del filosofar auténtico.

Una erudición imbuida en mediocridad combinada con un diletantismo copiado no puede más que ser un umbral seguro hacia el camino de la negación del pensamiento. En ese umbral, en este territorio de gracia y de desgracia, estamos otra vez casi com-

³ *Ibid.*

pletamente al descubierto. Se nos apagan las promesas de ser; los reflejos ya no son más resquicios de claridad. Nos atrae el camino fácil, el camino de la negación del pensamiento.

En el camino de la negación del pensamiento se nos ofrecen atracciones maravillosas. Y ese camino se ha venido abriendo a sus anchas en este fin de siglo XX. Para nos-otros y los otros. Siempre el camino del pensamiento de Occidente ha tenido su enemigo. Sin este último, aquel no podía abrirse paso. Reconocer su enemigo fue siempre tarea primaria, aunque no única, para el pensamiento. Pero si el enemigo avanza con pasos gigantescos y luce como inalcanzable, el pensamiento gime, quiere dar gritos de dolor. Gemir, gritar con dolor, es lanzar de nuevo las fuerzas más agudas para abrir el camino difícil. Pero, si estamos casi completamente al descubierto, ¿en cuál fuente beberán nuestras fuerzas?

Desde hace décadas el pensamiento de Occidente da gritos de dolor. Se muestra sólo en espasmos. Se arrincona en la vergüenza de no saberse pensar a sí mismo. Se des-encubre retozando en la creación filosófica a sabiendas que, hasta ahora, su historia, y tal vez su destino, ha sido el ahogo de sí mismo. Se exilia en rincones silenciosos. Y sin embargo, sabe algo: sabe identificar, al menos, el camino de la negación del pensamiento; sabe, al menos, que hay empecinadas creencias que lo acechan.

Son dos las creencias que acechan al pensamiento queriendo hacerle creer que en su esencia está el optar, o bien por ser radical compromiso con algo que no es él, o bien por ser radical repulsión a modos de compromiso. Dos creencias que son formas burlescas de la esencia del pensar; si es verdad, como dice Heidegger, que la esencia del pensar se determina a partir de lo que hay que pensar⁴.

Desde mucho antes de la modernidad le ha tocado al pensamiento la confrontación con un chantaje permanente. Y no porque el pensamiento busque ser cristalina pureza. Requiere siempre de un enemigo: la *philia* es pretensión de saber, de verdad; y todo pretendiente confronta un enemigo. Pero ocurre que el enemigo se hace astuto, inventa jugarretas, se constituye en ardid. Y así se disfraza, se escurre, no da la cara: en una palabra, se ofrece como chantaje. Hay entonces una tarea propia del pensamiento que le

⁴ HEIDEGGER, Martin, *Was heit denken?*, Max Niemeyer Verlag, Tubingen, 1954.

ocupa *externamente*: des-cubrir el chantaje. Sin embargo, no es esa la tarea constitutiva del pensar.

Y no obstante, quizás nunca el chantaje haya tenido rostro más sólido que el ofrecido en la actualidad. Es el rostro del camino de la negación del pensamiento. Las dos creencias a las que he hecho referencia se ofrecen como doble tenaza que aprisiona al pensamiento. Lo pretenden hacer oscilar entre pesimismo y optimismo. Lo pretenden forzar a aceptar que es tal en referencia sólo a lo que no es: ejercicio comprometido con remozados transcendentales o entrega al desvarío de lo puro caótico.

El pensamiento contemporáneo entona sus gemidos, canta sus gritos de dolor. Y así quiere seguir siendo lo que siempre buscó ser, lo que siempre busca que seamos, una *askèsis* como ejercicio de sí mismo. Por ello, luce presto a enfrentar aquel acechante chantaje. Pero sería un error no ver al pensamiento sino en la ardua faena de librarse a su tarea externa; como si su sendero propio fuese el andar batiéndose contra máquinas de información, contra insulsos monstruos comunicativos, contra mercaderes de la palabra hecha propaganda o publicidad comercial: todos estos son los diversos rostros del camino de la negación del pensamiento.

Cuando estamos presenciando la noche de este segundo milenio, hay que aceptar que poco podemos decir de nuestra proveniencia y de nuestro destino. A lo sumo, podemos repetir los versos de Vicente Aleixandre ⁵:

*“Sabemos adónde vamos y de dónde venimos.
Entre dos oscuridades, un relámpago...”*

Con su fulgurante estela luminosa, el relámpago nocturno nos habla en forma interrogativa: ¿Habrà aún un tenue claro de luna que nos susurre en calma nocturna que nuestro errar no es de errores, sino de errantes? ¿Habrà un amanecer esperado en el que nuestro errar sea andar de una morada a otra guiados por la aventura del pensamiento? ¿Habrà un territorio que no vio Colón en esta América que nos corresponde *des-en-cubrir*?

En esta noche de novilunio, noche de apertura de este encuentro del pensamiento europeo-latinoamericano, los invito a soñar con el día en que seamos capaces de responder estas preguntas.

⁵ ALEIXANDRE, Vicente, *Historia del corazón*, Espasa-Calpe, Madrid, 1954.